

guir en este planeta rodeados de peligros sin fin.

Esas pocas personas son los científicos (en toda la enorme extensión de esta palabra), y otras pocas de buen juicio que admiten los consejos de ellos.

El dios que, según los deístas, hizo este universo, ese dios todopoderoso, creador de las estrellas gigantes rojas, de los lejanos cuántares, de los agujeros negros, de las fantásticas galaxias, de ese universo que nos anonada y nos maravilla... ese dios que, como sutil relojero, ajustó todas las piezas ¡qué digo al milímetro! ¡al cuántum! Ese dios digo, debió sentirse terriblemente cansado tras el colosal parto y debió delegar el mantenimiento de la gran obra a dioscecillos, inferiores en categoría, que se vieron abrumados por tanta responsabilidad y todo comenzó a hacer aguas y a fallar lamentablemente.

Como el jefe que delega en subsecretarios.

Y estos dioses menores o personal contratado y subalterno, como digo, no estuvieron a la altura de la monumental obra. Basta dar un vistazo a nuestro alrededor y ver el desastre por doquier. Claramente se les va de las manos y no dan abasto.

Cual torpes fontaneros, los desagües y tuberías, ya viejas y mohosas seguramente están para cambiar, pero ¿quién las cambia, dónde está Dios?

Ese Dios grande, el de verdad, el poderoso, está desaparecido y no se le encuentra. Las exclamaciones, exhortaciones, las incluso imprecaciones, los rezos y alabanzas, en fin, el griterío que sale de este pequeño planeta y que exhala la

doliente humanidad se pierde en el vacío. Él, el grande, el poderoso, sigue en su lejano y desconocido mundo, ajeno a todo. Y los pequeños dioscecillos, en su ímproba tarea de hacer chapuzas aquí y allá, no tienen tiempo de acudir a las llamadas. Como los bomberos en el terremoto de San Francisco que incapaces de dominar los varios incendios, optaron por acabar con todo quemando la totalidad de la ciudad.

¿Pero podía ser de otra manera? ¿Quiénes somos, qué es eso que llamamos pomposamente Humanidad? ¿Qué derecho tenemos a que se nos trate como algo distinto a, por ejemplo, un vencejo o una comadreja?

Según Mencken en una graciosa metáfora, la Humanidad es una enfermedad, una costra, un desecho de la Creación. Al igual que el herrero al forjar sudoroso una pieza de hierro, expende en su alrededor un arco de chispas brillantes y fugaces, a las que por otra parte, no presta la menor atención pues su interés está en lo que tiene entre las manos, es decir lo principal, asimismo a Dios en su Creación, Dios el verdadero, el todopoderoso (no confundir con el dioscecillo subalterno), en su gran obra también se produjeron unas chispas fugaces, como excrecencia o subproducto, indignas de cualquier atención: ese accidente, esa morralla es lo que nosotros llamamos Humanidad.

Admitamos por lo tanto que la Creación se ha degradado. Se ha subcontratado en exceso. El gran arquitecto hizo el diseño: Bien. O casi Bien. Mas, incapaz de descender a los pequeños detalles, por no querer o no saber, o por cansancio, o por ¡yo qué sé!, delegó en otras pequeñas compañías que a su vez lo hicieron en otras más pequeñas y así hasta el simple albañil o peón caminero.

Estas subcontratas cada vez de peor calidad ha hecho que lo que nos rodea vaya de mal en peor y de vez en cuando se nos venga el mundo encima.

Volviendo al libro que nos ocupa diremos que al ser recopilación de artículos distantes entre sí en tiempo y lugar, hay repeticiones frecuentes de ideas y conceptos. Pero da igual. El libro es estimulante, es aire fresco que entra por las ventanas que abre a los horizontes y da nuevas perspectivas al ya muy manoseado tema de las religiones y otras supersticiones cuyos argumentos en pro y en contra ya están casi agotados.

Desde ese punto de vista siempre he sostenido que hace más mella en el adversario una pulla bien puesta, una carcajada a tiempo que muchas tesis doctorales. Al fin y al cabo se lucha contra un fantasma hecho de humo. Más fácil es disolverlo con el aire exhalado por una oportuna cuchufleta que con el sesudo golpeteo del martillo académico.

José Luis Gracia Baranguá

The Yes Men

Andy Bichlbaum, Mike Bonanno, Bob Spunkmeyer.

Traducción de Gemma Galdón

Editorial El Viejo Topo

Uno de los aspectos más interesantes que plantea el estudio del triunfo mediático y social de las pseudociencias es el del nivel de análisis crítico que puede encontrarse la colectividad. Lo que los estudiosos de los clásicos conocerían como *autos epha* o *ipse dixit* (algo así como “es verdad porque lo ha dicho él” o, como decía el inmortal Tip “cuatro



por cinco lo que diga ese señor, que es una autoridad”) es una constante cuando *él* se expresa en los medios de comunicación, en foros académicos de todo tipo o, simplemente, ostenta una posición de importancia. Si lo dice la tele, será verdad; si se hace un curso universitario, será verdad; si lo dice esa persona, que es la que se encarga, solamente puede ser cierto. Ejemplos de este hecho los vemos prácticamente todos los días, y en el campo de las pseudociencias hemos tenido muestras siempre recurrentes en la periódica proliferación de joyas y demás complementos con virtudes salutíferas tan increíbles como falsas. El libro *The Yes Men* cuenta las experiencias de un par de simpáticos caraduras que, impersonando a representantes de entidades como la Organización Mundial del Comercio o McDonald’s, perpetraron por todo el mundo una serie de surrealistas conferencias donde presentaban propuestas que, llamadas a escandalizar a la audiencia, eran recibidas con la preocupante sumisión de una mayoría que no se cuestionaba lo que allí se les presentaba. Andy Bichlbaum y Mike Bonnano, artífices de una serie de iniciativas que han molestado profundamente a las entidades y personalidades parodiadas cuentan en un tono entrañable pero preocupado cómo solo en determinados foros la exposición de ciertas iniciativas donde se penetraba profundamente en lo escatológico generó puntuales muestras de escepticismo o directa oposición.

Centradas en las consecuencias que genera un sistema económico excesivamente liberalizado, las andanzas de un puñado de pícaros que, con todo, han logrado llamar la atención sobre el escaso nivel de pensamiento crítico que presenta la sociedad actual. Cuando tenemos acceso constante

a nuevas fuentes de información y a un variado conjunto de medios de comunicación ¿por qué mantenemos la tendencia a creer, en lugar de sustituirla por la de comprobar y contrastar? Es la pregunta que surge inevitablemente después de finiquitar las improvisadas memorias de este par de sinvergüenzas.

Luis J. Capote Pérez

Tomás Becket. El santo político

Frank Barlow

Editorial Edhasa

Las relaciones entre el poder religioso y el poder político constituyen uno de los aspectos más interesantes y controvertidos del estudio del pasado y del presente de las organizaciones políticas y estatales. Si tomamos como ejemplo el caso de España, cada cierto tiempo salta de nuevo a los medios la situación de las relaciones entre las confesiones (especialmente, la Iglesia Católica) y el Estado, derivadas de esa situación jurídicamente tan peculiar que es la aconfesionalidad. El debate entre religión y laicidad está presente en el ámbito de las instituciones públicas, por lo que siempre resulta de interés echar una mirada al tratamiento de tan peliaguda cuestión en otros tiempos y lugares. Pocas vidas resultan tan instructivas en este campo como la de Tomás Becket.

Becket reunió en su persona dos condiciones que le situaron, primero a la cabeza del poder civil y luego a la de la jerarquía eclesiástica en la Inglaterra del siglo XII. Fue primero canciller del rey Enrique II y más tarde Arzobispo de Canterbury. Su relación con el monarca inglés se balanceó entre la amistad más íntima y la enemistad más enconada, siendo reflejo de las complejas relaciones que se planteaban entre unos monarcas que deseaban tener a la iglesia bajo su control y un Papado que pretendía supeditar el poder real al eclesiástico. La contradicción inherente a tener que servir a dos señores tan contrapuestos se concentró en la persona de un Tomás Becket que fue percibido por la iglesia inglesa como un peón de Enrique Plantagenet en su seno; pero que luego, al asumir todas las implicaciones de su cargo arzobispal, hubo de sufrir las iras de su regio amigo. La historia de sus andanzas desde ese momento (que incluyeron destierros, reconciliaciones, una muerte violenta y una canonización en medio del fervor popular) fue idealizada, llegando a las salas de cine en una memorable cinta protagonizada por Richard Burton y Peter O’Toole. Becket es presentado como un mártir del deber frente a los abusos del poder, pero la historia, como relata Frank Barlow, es más compleja.

El autor reconstruye a través de las fuentes a su alcance toda la vida del santo político, empezando por sus oscuros orígenes y pasando por su etapa de profunda amistad y camaradería con Enrique II. La parte central de la obra la constituye, como no podía ser de otra forma, el complejo juego de ajedrez en el que monarca y arzobispo se embarcaron y en el cual jugaron importantes papeles el clero insular (buena parte del cual era hostil a Becket), el rey de Francia (señor y adversario de su colega inglés) y el Papado (debatido entre la protección a un servidor problemático y la oposición de una testa coronada). Barlow dibuja a un Becket mucho me-

